

Hacía viajes rápidos a Buenos Aires, visitaba a sus amigos y volvía a internarse en sus tierras del norte, en las cuales le esperaban todos los elementos vivos de la narración. Fué por eso un tipo especial de escritor, que gustaba vivir sus episodios, con menos artificialismo del que puede suponerse a la manera de muchos de esos narradores norteamericanos, cuyas obras fueron dramáticamente experimentadas antes de ser escritas. Y hay en Quiroga mucho de la naturalidad, del encanto agreste y hondo de la naturaleza libre, en la mezcla de los instintos y de las pasiones humanas.

La muerte de Quiroga es un duelo para las letras americanas, siendo particularmente un duelo de los más sensibles para las letras uruguayas. Porque Quiroga fué el más auténtico entre los narradores del Plata y acaso entre las figuras literarias que más fuertemente influyeron sobre muchos escritores de la actual generación de cuentistas río platenses.

Pero como ocurre siempre en América, y como para no desmentir, ni aún en estos tiempos la regla trágica, Quiroga ha muerto en la miseria, en un Hospital de Buenos Aires. Es probable que ahora le rindan grandes homenajes y se alcen quizá estatuas o bustos a su memoria, y en los costados del monumento se graben las síntesis de los relatos que escribió. Todo ello es posible. Ya lo hemos visto con otros y no es razón para que en este caso se quebrante esa única regla que nunca falla, tratándose de los escritores americanos: la glorificación como un remordimiento tardío, después de la muerte, ocurrida en un hospital y en el olvido.

<https://doi.org/10.29393/At140-45ATTV10045>

### **Una tragedia en la vida de Quiroga.**

Hay un episodio trágico, doloroso, fatal, como una de esas bocanadas absurdas del destino en la vida de Quiroga. La hemos encontrado en una publicación de Montevideo recién llegada y la vamos a reproducir en parte para que se conozcan entre sus

admiradores de este lado de los Andes algunos de los rasgos de la juventud de Horacio Quiroga en Montevideo y el por qué de su alejamiento de esta ciudad hacia la Argentina, de donde nunca quiso volver a su patria. Dice la publicación de la cual extractamos el episodio:

«Dos cenáculos de artistas iniciaron el culto de la nueva belleza: «La Torre de los Panoramas», donde pontificaba Julio Herrera y Reissig, y «El Consistorio del Gay Saber», presidido por Horacio Quiroga, el gran escritor uruguayo que acaba de morir.

Quiroga era por ese tiempo un jovencito de poco más de veinte años. Había publicado un libro de poemas «decadentes», con tanto éxito, que fué recibido poco menos que a pedradas por parte de la crítica oficial y docta. De ahí el éxito y el regocijo del autor, ya que aquellos muchachos alocados y «revolucionarios», no perseguían por entonces, con sus escritos y con sus vidas, otro propósito que el muy inocente de «epater les bourgeois». «Arrecifes de Coral», que tal era el título del libro de Quiroga, lo consiguió ampliamente; su aparición fué un verdadero escándalo literario, de los más resonantes.

Entre los «Cuatro Brahamines Locos»—que así se llamaban a ellos mismos los contertulios del «Consistorio del Gay Saber», se destacaba por su talento al lado de Quiroga, Federico Ferrando, también poeta.

Ferrando y Quiroga eran amigos, unidos no solamente por las cuestiones literarias, sino por un cariño muy hondo y entrañable, desde la niñez. Ambos eran salteños y juntos habían venido a Montevideo como estudiantes.

Un mal día, Ferrando, por un incidente al que parece que no fueron ajenas las decadentes musas, tuvo un cambio de padrinos con otra persona. La moda de los duelos entre escritores también había llegado de Europa, tal vez bajo la capa romántica y donjuanesca de Roberto de las Carreras.

Ferrando no era hombre de armas; Quiroga lo adiestraba con unas pistolas, ya que a pistola parece que iba a ser el caballeresco encuentro. Pero sobrevino una tragedia espantosa: en uno de los ensayos, al autor de los «Arrecifes de Coral» se le disparó un balazo tan cargado de fatalidad, que fué a herir a Ferrando en el pecho. Cuando Quiroga desesperadamente, fué en su auxilio, el poeta adolescente agonizaba, sobre un charco de sangre tibia.

Aquel disparo inexplicable y trágico, como cosa del diablo, pareció que iba a terminar con todo. Ferrando estaba muerto; el cenáculo se disolvió; Quiroga parecía que iba a perder la razón de dolor.

De Ferrando quedó un destello genial en algunos pequeños poemas que pueden encontrarse en las revistas literarias de la época. Del «Consistorio del Gay Saber» no se habló ya más. En cuanto a Horacio Quiroga—veintitrés años tenía entonces—se marchó a la Argentina para no regresar nunca más a la patria.

Sin duda su intención era de divorcio definitivo y total con las letras, de cuyo contacto no podía separar la imagen ensangrentada del querido amigo muerto. Pero pasaron años, cicatrizaron heridas, y el gran escritor que Quiroga llevaba dentro, despertó allá en la selva misionera, revelándolo en seguida como uno de los narradores más grandes de América y aún del mundo, en opinión de muchos críticos, que lo parangonan con Poe y Guy de Maupassant. Sus páginas más logradas se encontraron tal vez en «Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte» y en «Más Allá».

### Un congreso de escritores chilenos.

La sociedad de Escritores propicia la reunión de un Congreso de Escritores chilenos para una fecha próxima que podrá ser según sabemos a fines de Marzo o comienzos de Abril. Por primera vez se realizará entre nosotros una reunión de esta naturaleza y confiamos en que de ella se obtendrán los frutos que sus organizadores esperan. La situación del escritor no es todo lo halagadora que puede suponerse y la defensa de los intereses del escritor, frente al público y frente a las editoriales, constituye un problema de los más interesantes y de los más vitales para el hombre de letras. La consigna de hoy consiste en la defensa y esta defensa no puede obtenerse sino por la perfecta cohesión de los hombres que se dedican a las tareas del espíritu.

No hay incompatibilidad alguna entre esto que parece una abstracción—el escritor y eso que es una realidad, los intereses materiales. En general el escritor ha vivido enteramente ajeno a las cuestiones económicas que tenían relación con su propia situación y un prejuicio muy difundido, en estas democracias hispano americanas, ha querido ver en los hombres de letras,

